

LAS IDEAS Y LOS HOMBRES

El Cristo de Papini

(De *La Libertad*, Madrid)

EL lector no ignora lo que se ha discutido acerca de la vida histórica de Jesús. Callan los historiadores a quienes más debía haber impresionado el drama. El judío Flavio Josefo no dice una sola palabra. El mismo silencio en los historiadores griegos y romanos. En Suetonio y en Tácito hay sólo unas líneas desdeñosas sobre los cristianos. La crítica científica llega audazmente a conclusiones radicales. Ya Chateaubriand, cuando no era sino el futuro autor de *El genio del Cristianismo*, decía que no estaba del todo demostrado que hubiese existido un hombre que se llamara Jesús y se hiciera sacrificar en Jerusalén. En los modernos se acentúa el acepticismo. «A duras penas—escribía Renán en los comienzos de su carrera—, tal vez exprimiendo de todos los Evangelios lo que contienen de real, se obtendrá una página de historia sobre Jesús». Según Straus, «bajo la niebla de la ilusión y de la superstición judías, en las espesas nubes de misticismo especulativo de Alejandría, la figura de Jesús pierde casi por entero todo sello humano». Scherer, Réclus, Dide y otros muchos, cuyos trabajos resume en publicaciones recientes Guignebert, el autor de *Le problème de Jesus* y de *La vie cachée de Jesus*, estampan las más atrevidas negaciones.

Y he aquí que Papini, el impío y blasfemo, lanza al público, en la fiebre de la dolorosa conversión, sus páginas llenas de ardor y de entusiasmo. Hemos leído con profunda simpatía este libro, de una gran emoción y de una gran sinceridad. En medio de tanto escepticismo, Papini proclama valerosamente su fe. Es una noble reivindicación del espíritu entre tanta manifestación de materialismo grosero y estúpido como está contemplando nuestra época. Las páginas de la *Storia di Cristo*, de Papini, son bellas. Su lirismo contrasta con la ramplonería pseudocientífica hoy tan en boga. Y si no un positivo valor histórico, ofrecen en su poética y generosa efusión, un alto valor humano.

Mas, ¿cual será la eficacia de este bello libro? La librería católica ha hecho en torno de él un enorme reclamo. Durante meses y meses ha llenado sus escaparates con fotografías más o menos artísticas del torturado converso, del ardiente catecúmeno. En las secciones de anuncios de los periódicos, la *Storia di Cristo*, de Papini, ha alternado durante meses y meses con los artículos predilectos de las Agencias. Y el enorme reclamo no ha debido de ser del todo inútil, pues hemos visto en no pocas manos ejemplares de la edición española.

Mas, repetimos, ¿cual será la eficacia de este bello libro? Al lanzarlo a la circulación, la librería católica adopta sus precauciones. Los editores españoles comienzan por advertir que Papini no es sino un literato, un artista; que acaso la empresa de escribir una Historia de Cristo requería mayor preparación científica y religiosa; que se trata de un libro que debe ser leído con discreción... «El paso de la noche al día—se nos dice—no se hace sin el intermedio

del crepúsculo. Y en el orden intelectual suele acaecer otro tanto. Aun en inteligencias tan despiertas y vigorosas como la de Papini, el tránsito suele ser gradual. Así no es maravilla que, de vez en vez, se descubran reminiscencias de sus antiguas lecturas, huellas de antiguos errores y preocupaciones».

Después, en cada página, los editores se consideran obligados a comentar, explicar y aclarar los conceptos del autor. Papini no interpreta bien los libros devotos; yerra frecuentemente cuando se mete en profundidades teológicas. En algún capítulo los editores se permiten modificar el texto del autor. El bosquejo de la historia de los Patriarcas y de Israel que Papini traza, merecen de los editores una corrección, por no decir una reprimenda. No sólo desconoce Papini la verdadera significación del bautismo, sino que la hipótesis por él propuesta carece de toda verosimilitud. Según sus editores españoles, Papini preconiza un *anarquismo poético*, que no sólo no es una consecuencia de la doctrina de Jesús acerca del reino de los Cielos, sino que en varios puntos se opone a ella. El autor de *Storia di Cristo* interpreta erróneamente las Bienaventuranzas, por no haber profundizado en los criterios católicos de la Hermenéutica bíblica. En cuanto a la defensa que Papini hace del pesimismo de Leopardi, esperan los editores españoles y comentaristas del primero que nadie se dará por convencido. Y mucho menos, naturalmente, cuando Papini atenúa la importancia y el valor probatorio de los milagros, sin duda «por transigir con los prejuicios de los incrédulos». Cuando el autor rechaza el dolor innecesario, sus editores y comentaristas le recuerdan las páginas escritas por los ascéticos acerca de la mortificación. Ni pueden pasar exageraciones como la de Papini cuando supone que Jesucristo condenó la riqueza en sí misma y anatematizó a los ricos sólo por el hecho de serlo. Lo referente a la riqueza y al negocio preocupa mucho a los editores españoles de Papini. «Que Jesucristo condene el negocio como una «forma de latrocinio»—escriben—y que el comercio sea «un latrocinio legal», son frases que el lector hallará excesivamente crudas.

Y siguen los editores comentando, sin fiarse un solo momento del autor. Rectifican las opiniones de Papini acerca de los reyes. Corrigen lo que el escritor dice de las mujeres que se guían devotamente a Jesús. Defienden a los sacerdotes hebreos de la acusación de avaricia que Papini les hace. Advierten que lo que el autor dice de Judas no debe interpretarse en el sentido de aminorar la tremenda responsabilidad de su delito. Corrigen los retratos que Papini traza de los sanedritas José de Arimatea y Decodemus... Tendríamos que extendernos todavía mucho si quisiéramos referirnos a tantas notas como llenan la edición española de la *Storia di Cristo*.

¿Qué queda, pues, del bello y apasionado libro? Queda algo, sin duda: queda «el caso Papini»; queda el escándalo—el ejemplo se dirá—de la conversión. Pero ese Cristo avalado, garantizado, por la librería católica no hará grandes milagros. Ni es, ciertamente, una gloriosa tribuna la mística jaula en que se exhibe el propio Papini en calidad de catecúmeno amonestado y disciplinado.

ALVARO DE ALBORNOZ